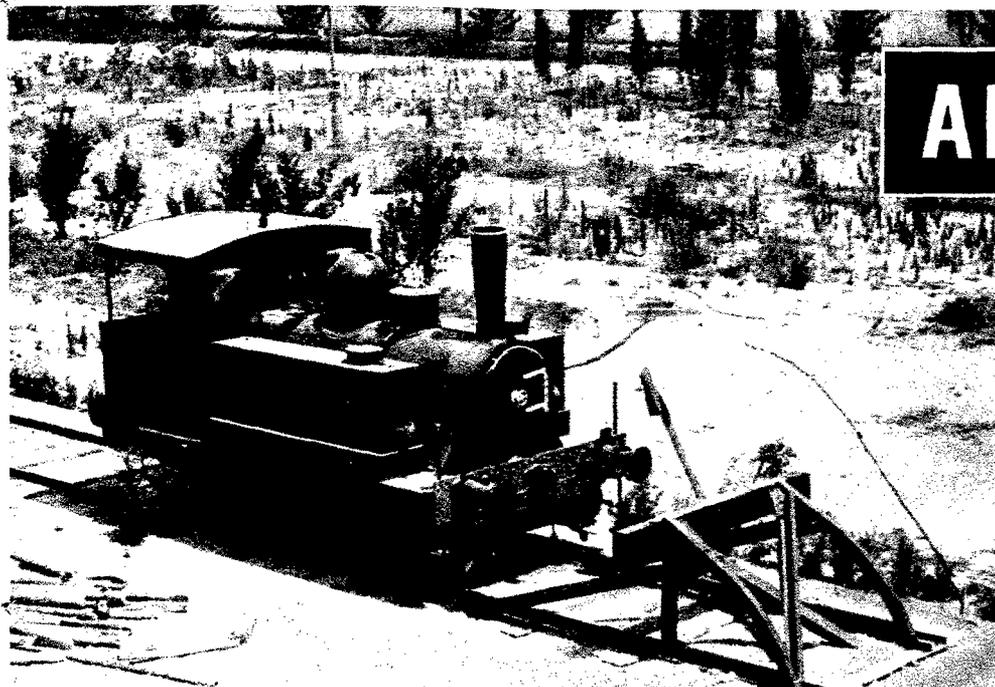


ADIOS A LAS



SI, adiós a las viejas locomotoras de vapor. Hace muy poco tiempo lo lei en la Prensa: las últimas locomotoras de vapor dejaban de funcionar. La técnica ha avanzado. El progreso nos ha traído modernos trenes con modernísimas locomotoras eléctricas o de fusloil. No es necesario el carbón. Se acabó aquel lento arrancar de las viejas locomotoras en las estaciones. Ya no veremos más, en cualquier paisaje, los penachos de humo que anunciaban el paso de un tren. Esto queda para la Historia, para esa entrañable Historia que a veces no se escribe o que se escribe a la ligera, redactando una noticia de Prensa

o un informe de tal o cual Dirección general.

Fero hay todo un mundo para historiarlo. Hay una vida que ha quedado atrás, y diremos, entusiasmados por las nuevas técnicas, que afortunadamente. Pero también diremos que nuestro recuerdo es cariñoso para aquellos trenes arrastrados por las negras locomotoras de vapor. Nos parecerá muchas veces que volvemos a nuestro paisaje de tierra llana y abierta en La Mancha y que por allí, en la distancia, vamos a ver el penacho de humo. Nos parecerá, otras veces, que hemos ido al viejo apeadero—hoy solitario, abandonado—para

tomar allí el mixto de iba de Alcázar a Valencia. ¿Oiremos su apresurado chachac? ¿Veremos el penacho de humo?... Tendremos que recordar cuándo estuvimos por primera vez orilla de la vía, cuándo vimos aproximarse esa oruga de hierro y madera que echaba llamas y humo por su cabeza de monstruo; tendremos que sentirnos trasladados a un tiempo de viajes sencillos, cuando los padres llevaban las alforjos o la gran cesta de mimbre repleta de sabrosa merienda. Nos veremos como en camino hacia viejas ferias con carruseles y caballitos de madera, adonde el tren de marcha lenta y locomotora "de humo" nos había llevado.

Tenemos, al fin, mejores trenes. Tenemos "Talgos" y "Teres", y hasta los mercancías presumen de largos vagones y de verdes locomotoras potentes y rápidas. Nuestro más lujoso y cómodo tren de viajeros puede ir ahora más allá de nuestras fronteras—a París, de momento; muy pronto, a Ginebra, según dicen—; esto es para alegrarse. Pero recordaremos de vez en cuando las viejas locomotoras de vapor, las que ennegrecían la estación de Alcázar de San Juan, o la de La Encina, o la de Miranda de Ebro, lugares de enlaces, de maniobras, de transbordos. Tendremos recuerdos para las pequeñas "foritas" de altas chimeneas, primas hermanas de aquellas otras que aún vemos en el cine, cuan-

